

Joannes a Temporibus: entre la leyenda y la historia La búsqueda y sus alrededores

Gustavo F. J. Cirigliano

La inclusión, en el temario 1995 del Seminario Principal de Investigación de la Asociación, del subtema: "lo sagrado, lo profano y lo humano" (si bien referido a las culturas actuales) me alentó a presentar, quizá un poco forzosamente, el insólito tema de Juan de los Tiempos (J. a T.). En ocasión anterior, vinculando lo sagrado y lo críptico, me había internado en el tema de los gnósticos cristianos¹.

Ahora me tentaba la oportunidad de mostrar un desconcertante personaje, quizá símbolo, quizá misterio, quizá leyenda, quizá historia.

Dado que éste es un relato (abreviado) de una búsqueda espero se me excuse el uso de la primera persona.

1. En Toledo

El relato pide comenzar en 1975 cuando en una librería ubicada en un subsuelo y pegada a la Catedral de Toledo (España) adquiero, en despreocupada actitud turística, una historia de los Papas: **Romanorum Pontificum Brevis Notitia**, por el canónigo belga Guillermo Burío, publicada en Madrid, en latín, por los años 1760-1770. En el mismo sitio, cuatro años atrás había adquirido un **Breve Manual, y más sucinto Compendio Criminal, para Jueces Pesquisidores, Escribanos Receptores, y otros, a quienes se les ofrezcan semejantes Pesquisas**. Este manual de procedimientos incluye ocho capítulos con normativas sobre la aplicación de las torturas; es su autor el licenciado don Manuel de Prado y fue publicado en Madrid en 1734.

La librería, lugar obligado de turistas, ofrecía textos antiguos al igual que hojas de antifonarios, en pergamino, sugeridas para transformarse en cuadros. Presumiblemente todo esto provenía de disueltas bibliotecas de desaparecidos conventos.

La historia de los papas fue comprada como un recuerdo y por curiosidad —al igual que dos tablas de madera que en doce antiguas láminas representan los meses del año— y luego leído al azar, hasta que en algún momento, que no recuerdo, doy con lo extraño y atrapante en la página 235: un personaje murió bajo el pontificado de Inocencio II por la década del 1130 luego de haber vivido 360 años. (Ver figura 1).

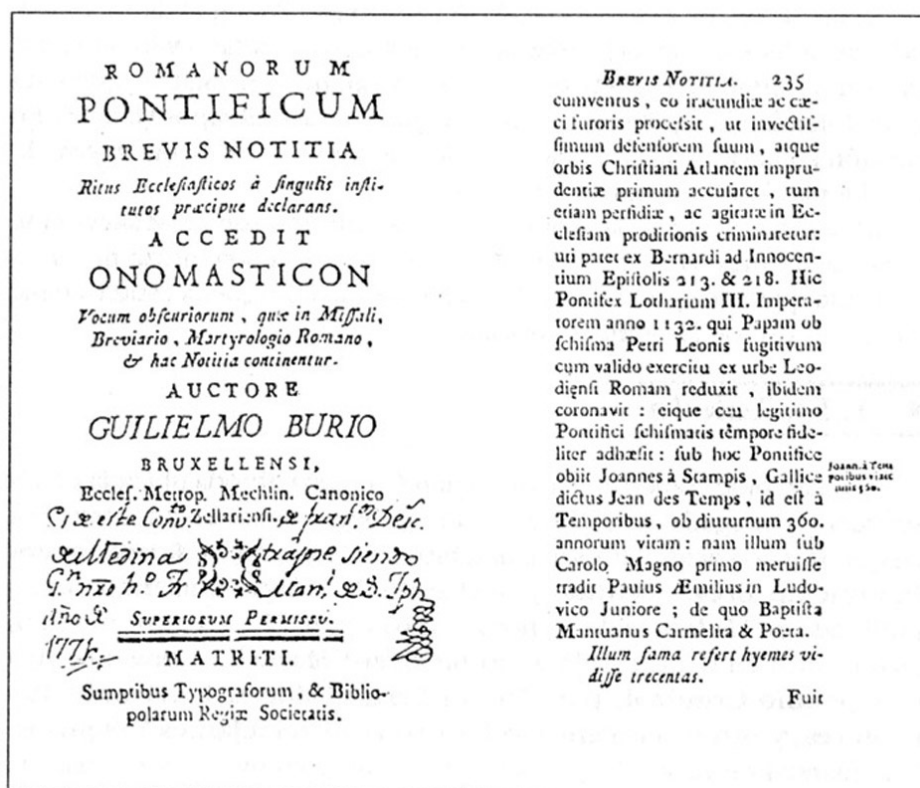


Figura 1.- Reproducción de portada y página 235 del libro de G. Burio

2. Un año después

La traducción de la parte pertinente del texto dice más o menos:

“Bajo este pontífice murió Juan de las Estampas, llamado en francés Jean des Temps, o sea de los Tiempos, por su prolongada vida de 360 años. Pues, según dice Paulo Emilio al relatar la vida de Luis el Joven, aquél sirvió bajo Carlomagno. Y Bautista Mantuano monje carmelita y poeta escribió: la fama refiere que aquél vio transcurrir trescientos inviernos.”

El dato intrigante, el casi enigma se había presentado. Muy poco sabe uno qué hacer con los enigmas.

El tiempo transcurre. Y en algún momento uno se propone utilizar el dato que lo sedujo y decide escribir una breve historia que lo tenga como centro. Lo que se concreta en el artículo “Un año de años” escrito en 1987 y publicado, por la generosidad del prof. Juan A. Carrau, en el suplemento “La cultura” del diario **El Tiempo**, de Azul².

El artículo, quizá inicialmente puro ejercicio de escritura, juega un poco con el tema de una muerte increíble, de la longevidad y del rejuvenecimiento de los inmortales; menciona a Fulcanelli, cita a Jacques Sadoul, H. Guéron, a Jacques Huynen y a E. Sábato.

Proponiendo asombro se pregunta cómo es posible que en los años de 1750-60 se aceptara y publicara el dato de un longevo de 360 (o sea un año de) años como algo natural; en extraña cercanía con la Ilustración y la Enciclopedia. El artículo instaba a averiguar sobre ese dato. Cosa que inicialmente hice. Las enciclopedias y diccionarios recurridos no ofrecían ninguna referencia. (Haga Ud. mismo, lector, la prueba). En algún lado sí encontré información sobre el nombrado **Bautista Mantuano** (1448-1516) que no sólo era carmelita y poeta sino destacado teólogo que fuera beatificado por la Iglesia en 1885 y cuyas obras completas se publicaron en Bolonia por 1502.

El artículo fraguaba un final donde yo me encontraba con el texto que registraba los datos sobre J. a T. cuando en realidad había partido del mismo libro de Burio. Es decir, una información inusual finalmente encuentra un texto que si no la corrobora al menos la registra. Por entonces, mi intención se reducía a que el personaje fuera tema de un artículo pensando que la historia lo reclamaba por extraña y curiosa. Y nada más.

Pero las búsquedas iniciadas regresan. O no se van.

Pasa el tiempo.

En 1994 al regreso de un viaje a España (interesado en el estudio de los gnósticos cristianos de los siglos II y III), se asoma primero el vago deseo y luego la intención de la voluntad de averiguar qué se sabe sobre J. a T. en otros lugares, si acaso otros conocen de su existencia y si se han efectuado estudios al respecto. Y cómo se podría confirmar que naciera en suelo francés en 780, sirviera bajo Carlomagno y muriera en la década de 1130.

Al mismo tiempo me penetra el propósito de ensayar qué se puede extraer (o inventar) del texto mismo. Ya que sólo puedo contar con ese texto, indagarlo, exprimirlo. Algo tendrá que salir. Ya se verá por qué.

3. El tiempo

Estar alerta a todo lo que sugiera el texto. Según normas de esotéricos **todo está en el texto**. Empiezo a imaginar, discurrir, interpretar, demandarle al texto. Y a escribir lo que estoy haciendo.

Alguien bien intencionado me sugiere consultar las publicadas “bases de datos” (supuestas omnisapientes) cosa que no hago porque no creo en ellas (me resulta como sacralizar la guía de teléfonos) pero el consejo me permite armar una breve anécdota que inicia la “búsqueda”. Imagino que he enviado el

pedido de información a un famoso centro mundial de datos y que de algún lado (una pequeña biblioteca de Alcoy, España) me responden, repitiendo como información lo que yo había lanzado como pregunta: “que J. a T. vivió 360 años según informa GFJC en el diario El Tiempo de Argentina”. Mi búsqueda habría entrado como un dato más en la circularidad de la informática.

Me meto de lleno en la palabra “tiempo”. Supongo que hay que partir de ahí, y que habrá de ser una palabra llena de sugerencias e indicios. Vinculo, asocio o reflexiono sobre Chronos, Saturno el devorador, mezclo a César Tiempo con S. Tomás de Aquino y me demoro en la distinción entre tiempo, **evo** y eternidad. El criterio adoptado marca que todo dentro del texto es necesariamente un indicio mudo en el que penetrar y arrancarle su mensaje. No dejar ningún camino sin intentar. Elucubraciones, divagaciones –que voy dejando por escrito– sobre el tiempo físico, psicológico, existencial. Teoría de la duración. Bergson. La flecha del tiempo. Pryogine. Alguna referencia a Heidegger más por cumplir que por creerlo necesario para el relato. Otra a Heráclito. Me detengo en tres frases del inevitable Borges: **El tiempo que es el olvido. El tiempo es olvido y es memoria. Los años que olvidan todo.**

Una de ellas remite a “tempus est causa oblivionis” de S. Tomás que repite a Aristóteles. No omitir el **kairós**, me digo, el tiempo oportuno. En verdad se trataba más de un ejercicio o de un modo, al fin, de introducirse por algún lado en la búsqueda. Platón: el tiempo es la imagen móvil de la eternidad; idea que recogerán los gnósticos cristianos cuando ubiquen la verdadera realidad en el **pleroma** y el transcurrir de aquí abajo resulte apenas una imagen.

También abordo una referencia a “templo” por si por ahí hubiera algún camino. Templo a Templario, y ya me encuentro en territorio esotérico. Una autora –Meri Franco-Lao– me saca de ahí al afirmar que **tango** es voz africana que significa tiempo. Y sigo así asociando, derivando, divagando.

De pronto un descubrimiento que sí surge claramente del propio texto. El curioso personaje es inicialmente y con propiedad designado como “a stampis”

(Juan de las Estampas). Y Juan de las Estampas es en francés Jean d'Etampes. Jean d'Etampes y Jean des Temps se pronuncian igual. Esto podría haber dado origen a una substitución de uno por otro. (Etampes es una localidad francesa del departamento Seine et Oise que hoy existe y quizá sea un camino de investigación, sobre el que no he vuelto).

Ahora percibo que el énfasis se ha desplazado. La clave se trasladaría de "tiempos" a "estampas". **Estampar**. Ello remite a estampa como el instrumento de herreros y forjadores. Mircea Eliade. Alquimia. El herrero transforma la tierra mediante el fuego.

El término "tiempo" terminó –conclusión provisoria– ocultando el rasgo de herrero o estampador de este bendito Juan. Reconozco: los nombres ocultan, no sólo designan.

También a mí me transcurre el tiempo. Y con él fantasías y decepciones. ¿Cómo seguir? No puede ser que nadie sepa nada. No voy a ser yo el único en el mundo que tiene este dato y se interesa en averiguarlo. Pero, ¿para qué? ¿Qué se gana con saber quién fue J. a T.? ¿Qué se aclara y qué se sigue de ello?

Enigma. Lo no resoluble está ahí para seguir estando ahí. No para ser aclarado.

Un enigma aclarado perdió su enigmaticidad. Por ello debe mantenerse incólume, invencible, infranqueable. Uno apenas le rozará la exterioridad, nunca llegará a la substancia, porque lo diluiría.

4. Intentando e inventando

Empiezo a escribir cartas a presuntos lugares de saber. Destinos iniciales: Universidad Gregoriana, Augustinianum. Sin eco. Accademia Alfonsiana de la Pontificia Universidad Lateranense. De ésta obtengo una respuesta –que aprecio–:

D. B. medievalista, reconoce no tener información y sugiere que se trata de un tema de leyenda. Otros destinos: Teresianum, Biblioteca del Congreso de EEUU, revistas y editores diversos. Algunos me habrán de contestar.

Uno empieza a molestar gente. ¿Con qué derecho exigir de otros que se comidan, que busquen, que se ocupen? ¿Por qué tendrían que hacerlo para mí? Una búsqueda absurda porque en verdad, lector, desde un enfoque de sentido común nadie puede haber vivido 360 años.

Entre tanto inquirir, alguien me promete “lanzar una botella al mar” que –me explica– en la jerga de los informáticos significa recurrir a (algunos de) los 40 millones de integrantes de una fabulosa red para que alguien aparezca y diga si sabe algo y qué.

Pienso: la minúscula historia del canónigo Burio de once líneas se vería agrandada en los desmesurados medios de comunicación. Que haga el intento, a pesar de mi prevención sobre los resultados. Dos años después nunca llegó información electrónicamente.

Escribo a la Iglesia metropolitana de Malinas (Mechlinia, Amberes) solicitando información sobre el canónigo que formó parte de ella. Escribo al Instituto Católico de Toulouse (patria de los cataros y ciudad sagrada). Ambos sin respuesta.

Puede ser un personaje alegórico, sugiere L. V., especialista en temas gnósticos. Los alegóricos son figuras intemporales, surgen, se presentan, luego desaparecen. ¿Ejemplos? Rosenkrautz o el Conde de Saint Germain. Comprendo. J. a T. sería un personaje que aparecería de tiempo en tiempo.

Me informo sobre el citado conde y leo en un texto de Almaziel que ha nacido en Transilvania el 28 de mayo de 1696 (ó 1710) y habría muerto el 27 de febrero de 1784, pero al que se atribuye una longevidad prodigiosa, de más

de 300 años, pues se le habría visto en 1842 en Francia, en 1901 en Roma y en –atención– 1910 en Buenos Aires. Sobre estos inmortales escribe Papini: “Al cabo de un par de siglos un tedio incurable se apodera de los desgraciados inmortales, narra el Conde de Saint Germain. El mundo es monótono, los hombres no aprenden nada... mi inmortalidad se me ha vuelto aburrida”

Pero el texto que yo indago dice que J. a T. murió, que se le acabó la inmortalidad.

Me interno en una interpretación que cabría desprender del texto: J. a T. era monje y alquimista. Razones: es a los alquimistas a quienes principalmente les interesó el tema de la longevidad y el elixir de la vida. Por otra parte quien es citado en una historia de los Papas escrita por un clérigo, tiene que estar vinculado con la Iglesia. Bien, ¿qué ordenes religiosas existían en el siglo VIII, cuando por 780 habría nacido J. a T. y en el S. XII cuando Inocencio II reina entre 1130 y 1143? Hasta ese entonces existían tres grandes grupos: benedictinos, agustinos y carmelitas. Estos últimos son los más antiguos junto con las dos versiones agustinas: los canónigos regulares y los eremitas. Los benedictinos desde el siglo V tienen sus variantes: cluniacenses, cartujos, cistercienses y Celestinos. Y los carmelitas aparecen en Europa luego de 1291 cuando cae en Palestina la ciudad de Akre. Tendría que ser benedictino. No sé.

El 17 de diciembre de 1994 acudo a la que me recomendaron como la más importante librería de la Argentina sobre temas de iniciación, esoterismo y afines, en la calle Santa Fe. Revisé un par de diccionarios especializados en los que el pobre J. a T. no se halla nombrado entre tanto ilustre cofrade. Inquirí sobre nuestro personaje. Necesitaba pulsar qué les decía el nombre. Tenía, incluso, recelo de una posible reticencia.

Un ducho empleado con más de dos décadas en la casa me contesta que nunca oyó hablar de él. Lo cual me frustró al par que me produjo un secreto gozo. Nadie sabe nada sobre J. a T. excepto yo, el único que sabe de su existencia pasada,

una suerte de monopolio, un cierto orgullo interior por tener algo que los demás –aun especialistas– no conocen. El empleado me preguntó qué obras escribí el tal J. a T. y tuve que responderle que no sabía. No se me hubiera ocurrido que hubiera escrito algo. Y quizá ahí está lo difícil del asunto, que J. a T. o no escribió nada o no se sabe si lo hizo.

No queda más remedio que volcarse a los que escribieron sobre él, que son las dos fuentes que utiliza el canónico Burio: Paulo Emilio y Bautista Mantuano.

5. La ayuda generosa: un buen modelo de búsqueda

Grata sorpresa. Recibo una carta de R. S. un especialista en temas de alquimia. Si en algún momento me satisfizo la idea de ser el dueño del tema, ahora considero muy saludable que alguien acompañe mi soledosa búsqueda. Que es lo que hace este generoso colaborador al brindar en su carta las siguientes orientaciones y pistas, organizando un rico esquema de trabajo:

a) Punto de partida: es la información del **texto**: que alguien llamado J. a T. vivió 360 años en el corazón de la Edad Media.

b) Recordar el **pasaje del evangelista Juan** (21, 22): “Si yo quiero que éste permanezca hasta mi venida...” y “corrió entre los hermanos la voz de que ese discípulo no moriría”. Juan queda así asociado a la inmortalidad y al fin de los tiempos. Estaría vivo en los tiempos postreros.

c) Vincular con la historia de **Los Siete Durmientes de Efeso**, de la Leyenda Áurea. Tener presente que Juan vivió en Efeso, y que según alguna tradición no murió sino que duerme en Efeso. La dormición también es una forma de no morir.

d) Ese relato cuenta que siete jóvenes huyendo en el S. III del emperador Decio perseguidor de los cristianos, salieron de la ciudad y se escondieron en una cueva (siempre en estas historias hay una cueva como en Nag Hammadi

y Qumrán) para pasar la noche. Cuando al día siguiente son despertados había transcurrido 372 años. Importante: este relato se encuentra en **El Corán** en la Sura XVIII (que mi corresponsal considera el Apocalipsis del Islam) aunque ahí la cifra es 309 años.

e) Vinculación con **Jano**, que abre y cierra el año. (Guénon). “Señor de los Tiempos”.

f) Los San Juanes presiden **los solsticios** y las témporas,

g) Elabora un cuadro de **relaciones intertradicionales** que guardan una “continuidad de discurso”.

RELIGIÓN	ROMANA Fiesta de Jano	CRISTIANA Los dos San Juan	JUDÍA Henoch Elías	ISLAM Ben Num
ESOTERISMO GNOSIS	Patrono de Iniciaciones	Iglesia Johannita Apocalipsis	Masonería I. Agnte	Kheser Apocalipsis
	Señor del principio y del fin	Espíritu Santo	Metatron Henoch, Elías	Iniciación
	Collegia fabrorum	Color litúrgico: verde	Melkisedek	color verde

h) Vinculación -anagrama posible entre “Joannes” y “aiones” (eones, siglos en griego): Joannes toon aioonoon.

i) **Conclusiones:** -averiguar “lo que se cifra en el nombre” dado que no tenemos su identidad.

-sin la perspectiva tradicional la búsqueda quedaría a mitad de camino.

-hay vínculo con la historia del papado (poder espiritual y temporal).

-PAUTA: estamos ante una entidad personal o colectiva, en Occidente adscripta a Juan, trascendente, principio de las iniciaciones o gnosis, desligada de las condiciones temporales habituales.

Quedo deudor de la generosidad de R. S. y además maravillado, esto sí que es saber extraer de las once líneas una sutil red de referencias como posibles caminos y leerlas como un texto preñado y turgente de símbolos.

Yo había leído en J. Huynen que en los textos esotéricos existe un conocimiento oculto pero que sólo en parte se esconde. Porque emite señales y es rico en indicios; es un lenguaje no comprensible directamente. Dice otra cosa que lo que dice. Por ello es esotérico: compuesto por símbolos cuya clave de interpretación no salta a la vista y para comprenderla uno debe ser enseñado. Cosa que ha hecho conmigo R. S. desde la costa atlántica.

Para comprender se requiere alguna iniciación que permita traducir el saber expresado de modo enigmático e intuir el mensaje y la articulación de los símbolos. Me pregunto si esta búsqueda tras las huellas de J. a T. no me resultará un camino y si este camino no se asemejará a una suerte de iniciación. Descubrir lo escondido que apela. ¿Cuál es el símbolo básico de J. a T.: la longevidad, el número 360, la estampa, ser Juan? No sé, no sé. Habrá que seguir indagando, consultando, preguntando, molestando...

6. Final primero

Pasó el tiempo.

Me harté, escribí, consulté. Aguardé, sólo tengo interpretaciones, consejos. No datos. No encontré nada. No aparece nada por ningún lado. Y me desagrada seguir acosando por carta a gente que ni siquiera conozco. Uno creía que los intelectuales estaban siempre dispuestos a averiguar una verdad, a internarse en una búsqueda. Cada uno está en lo suyo.

Por ahí el canónigo Burio inventó un personaje o rescató una fantasía y le asignó un posible argumento. Y lo dejó ahí como embrión, sólo escrito. No se hizo cargo de él, como si lo hubiese parido y depositado en la inclusa.

Me complace o me consuela escribir que toda búsqueda es siempre búsqueda de Dios. Hasta en la perversión y en el infierno se lo busca. El hombre está destinado a lo mayor, a la grandeza, a Dios, lo que hace aún erradamente.

Esta búsqueda se va transformando en la verdadera o única historia de J. a T. Le está construyendo una esencia y una existencia. Al hacerse cargo, al interesarse por él.

Hacerlo vivir. No habría otro J. a T. fuera de esta búsqueda. Sin embargo lo he recorrido, y él me ha recorrido a mí; se metió en mi vida.

Y encuentro este texto de Borges: "El secreto no vale lo que valen los caminos que me condujeron a él"³.

Si destruyo este escrito, no hay más historia. Y Juan de los Tiempos volverá a ser once líneas que nadie leyó. Y si destruyo el libro del canónigo Burio...

7. El nombre

"Me acuerdo. Fue en Balvanera
en una noche lejana
que alguien dejó caer el nombre
de un tal Jacinto Chiclana"

No fue hasta que el generoso R. S. citó uno de los versos de Borges que me di cuenta de mi tremenda distracción o de mi paladina ignorancia. Había dicho que era en el texto donde había que buscar pero me distraje con el "tiempo" y

luego con “estampa” y me había olvidado de “Juan”. Vuelvo entonces a la historia de la adquisición del libro en la librería de Toledo. En esa compra estaba incluido “el nombre que dejaría caer en mí el canónigo”.

“Quién sabe por qué razón
me anda buscando ese nombre.
Me gustaría saber
cómo habrá sido aquel hombre”

¿Por qué me eligió a mí ese nombre oculto en aquel libro aquella mañana de Toledo entre polvorientos textos de conventos o monasterios que se desprendieron de ellos no sé si como aborto o nuevo parto?

“Sólo Dios puede saber
la laya fiel de aquel hombre:
Señores estoy cantando
lo que se cifra en el nombre”

Me gustaría saber lo que se cifra en el nombre. Qué justa la palabra “laya”. Todo lo que se cifra es para ser descifrado, descriptado, pero, ¿la clave?. Todo está en el texto, y todo está en el nombre, se dice fácil. Y retorno a Jano “Señor de los tiempos” y de las iniciaciones. Y a Juan como anagrama de **aión**, siglo de los siglos, eón de los eones. J. a T.: inmortalidad, **eviternidad**. Juan es la no muerte. Pero igual me pregunto: ¿cómo pudo morir? ¿Acaso “el tiempo que termina” venció al “tiempo que no termina (el evo)” cuando J. a T. murió?

Si la clave está en el texto, hay que descifrar el nombre y también descifrar el número. Este siempre es simbólico, cargado de sentido y referencia. Nada parece más soso y tonto que un número; sólo cuando está preñado de significaciones abandona su delgadez y se engrasa.

8. Llegan respuestas e informaciones

Una cordial y bienvenida respuesta proviene de la biblioteca Universitaria de Bolonia (Italia) con relación a Bautista Mantuano. En realidad se llama Joannes –debí haberlo imaginado– Baptista hispaniolus (o spagnoli) Mantuanus. En Italia se lo clasifica por Spagnoli. Me envían la reproducción de las fichas de sus obras. Se me abre un panorama sobre B. M.: tengo la nómina de todos sus libros conservados.

Pero ¿cómo encontrar entre sus centenares de versos el dedicado a J. a T.? “Purtroppo non é possibile contrallare nelle sue numeróse opere se é ancora citado J. a T., del qual non sembra vi siano nelle nostre opere altre notizie”. Mis sinceras gracias y a seguir buscando.

Pienso en las cartas no contestadas y en otros tiempos. Me digo que era otra cosa en la década del 50 y del 60. Uno escribía a Estados Unidos pidiendo copia de un artículo y recibía más de lo que pedía. Hoy excepcionalmente se contesta un pedido y menos si hay que buscar la información.

El lector debe comprender que uno desde este lugar remoto que es la Argentina cuenta con muy pocos recursos de investigación por lo que corre continuamente el riesgo de apelara a la imaginación para suplir los huecos. Me digo que este relato debería llamarse “Juan de los Tiempos y sus alrededores” porque sólo de estos últimos trata. No llego nunca a él sino a los que hablaron de él.

Otra generosa institución The Ph. R. S. de los Estados Unidos se interesa, examina y no encuentra información y transmite: “If you find anything about this elusive person we would be most happy to have the information for our files”.

Persigo una sombra, un viento, un fantasma. Humo, brisa, soplo.

Hay otras respuestas corteses que elegantemente te esquivan o te ponen de nuevo en tu lugar: búscalos vos y no encargues la tarea a otro.

La Biblioteca Apostólica Vaticana da una respuesta –ya me lo habían anticipado– puramente formal: “In risposta alla sua pregiata lettera...” (Ver figura 2). Al exponer en la Asociación de Filosofía Latinoamericana se me hizo notar que la esquila incluye también la palabra “tempo”; Al Vaticano le falta tiempo.

Buenas noticias. Agradezco a The Millón S. Eisenhower Library (J. H. U.) que me envíe la introducción a **Las Églogas** del Bautista mantuano de la edición de 1911 y asimismo otra posterior de 1989. Deduzco sorprendido que su figura sigue interesando.

Aquí me entero que B. M. escribió la friolera de 55.000 versos en más de 30 publicaciones y un dato para el asombro: entre 1498 –primera edición de Las Églogas– y 1600 se efectuaron 165 impresiones de las mismas. Pero J. a T. sigue oculto: “I have found nothing about J. a T. but a researcher at another university has suggested trying the **De Sacris Diebus** by Baptista.” Vaya Ud. a encontrar un verso entre 55.000.

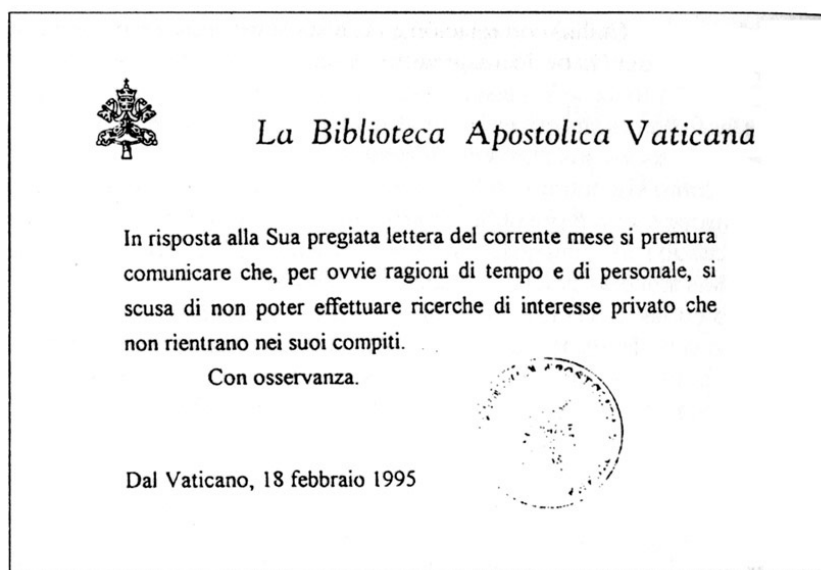


Figura 2. - Respuesta de la Biblioteca Apostólica Vaticana

9. Vueltas y revueltas

Quién sabe por qué razón me anda buscando ese nombre, se preguntó J. a T. en su siglo VIII d. c. y se internó imaginativamente en el futuro pensando quién sería ese GFJC que lo perseguía en sueños y pensamientos, interfería en sus planes o pretendía intervenir en sus asuntos, desde un lejanísimo tiempo de 1994. Si la flecha del tiempo no permite regresar al pasado, puede tal vez adelantarse hacia el futuro. Y el investigador resultará investigado antes de saberlo.

La vida es búsqueda, me repito. Y toda búsqueda es de lo más importante, de Dios, por eso es iniciática. Y me pregunto: ¿qué le quiere decir J. a T. a la Argentina? país que no tiene nada que ver con él, con quien no hay el más remoto vínculo posible o imaginable.

Se me ocurre que podría imaginarse una alegoría de la Argentina en pos de su identidad, de su razón de ser. Habría un paralelismo: **Argentina como búsqueda de una íntima urgencia**: dejar una huella para que sea recogida o revivida por alguien del futuro. Argentina, búsqueda de sí. Y constante ocultamiento de sí. Huidiza como J. a T. Ecurridiza. ¿Sagrada o histórica? ¿Qué le quiere decir el J. a T. de mi búsqueda, a la Argentina? No sé.

Quiero llegar a algún final. Que me resulta pobre, pedestre, sin gloria ni grandeza, cuando uno esperaba algo sobrenatural, una deslumbrante revelación, una penetración en el misterio. Y es apenas un relato de esfuerzos más o menos racionales. Miserable la condición de la razón, rebaja todo a la chatura del sentido común, de la obviedad natural, de la normalidad y de lo vulgar. ¡Qué poca cosa es la explicación, polvillo del milagro entre los dedos! Peor aún la explicación de lo vacío, de lo no hallado. Decepción.

Pasan los días. No aparece nueva información. La cabeza elucubra y sustituye. Sobre la nada. La imaginación se alimenta de sí misma. Surgen las hipótesis: es posible que la denominación de J. a T. corresponda a un ser

extraterrestre que se mueve en otra dimensión temporal, 360 años para él serían como 36 para nosotros. ¿Por qué vino? ¿Por qué se quedó? Pudo ser capturado y encerrado. Su largo encierro –hasta que fue rescatado– explicaría la carencia total de noticias durante tres siglos. Inicialmente, dados sus poderes, habría sido de gran utilidad a los ejércitos de Carlomagno y para la formación de su imperio. Quizá fue exhibido en plazas y caminos como una extraña criatura.

El conocido Inocencio II condenó herejes como Arnaldo de Brescia. Tiempo de herejías. En el año 800 aparecería la “herejía” de J. a T. que sostenía la posibilidad de ser inmortal en este mismo mundo y tomaba como fundamento teológico la frase de Cristo a Juan Evangelista de que no moriría.

El fundador de la herejía adoptó el nombre de Juan y en verdad gustaba llamarse Juan del Fin de los Tiempos. Es una interpretación.

Si J. a T. figura en la **Historia de los Papas**, que es una historia del “poder” en occidente durante 16 siglos, de algún modo él es poder. ¿Cuál?

Otra: sería una doctrina teológica que no tenía que ver con personas concretas siendo J. a T. sólo la denominación de la búsqueda de la inmortalidad.

El famoso alquimista árabe Geber, nacido en 730, crea una cofradía I Juan Al Sala en la que todos los miembros usaron el mismo seudónimo hasta el siglo X. ¿No sería J. a T. el seudónimo común a todos los dirigentes o abades de una cofradía que duró desde 780 hasta 1130?

¿O fue una orden religiosa?

Cuando uno no sabe inventa, en el frustrante intento por sostener la búsqueda.

10. Dentro del laberinto

Encuentro información en un diccionario sobre Pablo Emili, italiano, historiador, 1460-1529, contemporáneo del Mantuano (1448-1516). Eximio latinista, canónigo de Notre Dame, escribe la primera historia de Francia: "De rebus gestis francorum usque ad annum 1488 libri X" publicada en París, 1539, varias ediciones. Luego traducida al francés. Por el texto de Burio sabemos que al narrar la historia de Ludovico junior o Luis el joven hace referencia a J. a T. ¿Cómo conseguir libro tan antiguo?

Lo único que faltaría: que P. Emilio citara al Mantuano como referencia y que las dos fuentes resultaran una sola.

Y si escribiera a alguna Enciclopedia importante (Espasa, la Británica o alguna otra) que quizá pudiera emprender alguna investigación sobre la información básica que le remito. Pero termino imaginando que por alguna razón convierten los datos en un ítem y lo incluyen sin más en la Enciclopedia.

Luego sucedería lo siguiente: cuando busque información, alguien me podrá contestar: lo que quiere saber es muy simple, está en la Enciclopedia Tal o Cual que dice: ...Lo peor será que al elusivo y evasivo J. a T. lo habrían fijado, congelado, clavado como una mariposa para siempre.

Pero sería un modo de terminar (con) esta historia.

Desde Centroamérica un especialista, F. G., me hace llegar generoso su opinión: "Me inclino a pensar que no se trata de un personaje histórico sino arquetípico o ambas cosas a la vez, en efecto el número 360 es el del año directamente relacionado con la circunferencia y la reincidencia. La suma de sus componentes da 9, número del ciclo, que vuelve a aparecer una y otra vez en sus múltiplos y submúltiplos por lo que se le suele designar como "indestructible". La figura de J. a T. podría simbolizar el tiempo mismo y su recurrencia..."

11. En la Argentina

¿Cómo fue que se me pasó? ¿Será por eso que siempre tuve –y no sólo yo– la impresión de que J. a T. era un nombre conocido? ¡Si yo ese libro de 1953 lo tengo subrayado en diversas partes!

Compré **La Muerte de Martín Fierro** de Leonardo Castellani el 13 de junio de 1956, publicado por Cintra, 300 páginas, tamaño bolsillo. Narra la historia de Desiderio fierro, hijo de Martín que se hace cura y sufre situaciones de conflicto y persecución. En verdad es ocasión para dar a conocer la persecución que padeció el mismo Castellani.

Transcribo: “CANTO CATORCE (Nárrese en resumen y corrigiéndola, la informe e incompleta payada en contrapunto entre Juan de los Tiempos y el Fraile Forastero” (Pág. 225). En verdad el nombre completo que el autor asigna a su personaje es el de Juan de los Tiempos Postreros (230 y 233):

“Juan de los Tiempos Postreros
tomó por nombre ordinario
y por ganarse un salario
después que nos separamos
se hizo, entre otros muchos amos,
maquinista y ferroviario”

Y ¿Quién es este Juan de los Tiempos? Sorpréndase, lector, ante su identidad:

“Juan de los Tiempos Postreros
te dije que me apodaba
pero que antes me llamaban
ño Martín Fierro el Cantor...”

El huidizo J. a T. se las ingenia para aparecer –despistando– como un avalar en el mismísimo Martín Fierro –**nada, menos que el héroe de la epopeya**

nacional argentina— y ahora preocupado por el fin del mundo. Al exponer ante la Asociación de Filosofía Latinoamericana me hicieron notar que Fierro y Estampador (herrero) guardan semejanza.

12. Final segundo

Debo, quiero terminar mi relato. Escaso resultado. Alusiones, aproximaciones. Más esfuerzos que logros. Debo reconocerlo. No hay información **afuera**. No encuentro ni encontraré nada. Porque así lo resolvió el mismo J. a T. al desvanecerse. Afuera no. Me devuelven la búsqueda. Debo buscar en otro lado.

Adentro.

Ya lo había pensado antes. Esta búsqueda es la única historia de J. a T. No hay J. a T. fuera de ella.

La esencia de lo iniciático es el camino. Poniendo la propia existencia como sostén de lo emprendido. Ocuparse de él, de J. a T., ser ocupado por él. Hasta que uno comienza a descubrir que soy todo lo único que él es. Porque lo he vivido, revivido animado.

Quien se hace cargo rehace a J. a T. y se hace J. a T. Toda la substancia de J. a T. soy yo. El es mi búsqueda. Por ello todo retorna a mí.

Yo soy J. a T.

Notas

¹ GFJC: “La técnica, el Demiurgo y el lapso de Sofía” en *Revista de Filosofía latinoamericana y Ciencias Sociales*, número 20, Buenos Aires, 1995, pág. 27-33.

² Diario *El Tiempo*, año XVIII, números 823 y 824, Azul, Argentina 13 y 20 de marzo de 1994.

³ Borges, Jorge Luis: *Obras completas*, Emecé, Buenos Aires, 1974, pág. 990.